

13-11-80

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ABC es independiente en su línea de pensamiento y no acepta necesariamente como suyas las ideas vertidas en los artículos firmados

ESCRIBIR sobre la situación de Granada en la época de nuestro desastre colonial nos lleva a una visión so-

ciológica de la misma que exige un minucioso análisis. Tan minucioso como el sentido miniaturista del arte granadino por excelencia. Pocos escritores y autores dramáticos granadinos dejaron escrito el sentir que afectaba a la nación española; sin embargo, intento bucear en el granadinismo de aquella época y en la prolongación del mismo en épocas posteriores que bien podrían abarcar hasta casi nuestros días. De esta manera, tal vez, podamos encontrar algún documento dramático recogido no sólo en las calles y en la gente de Granada, sino en la honda conmoción que el desastre del 98 ocasionó en España. No dejo de preguntarme si las huellas del desastre golpean y aprisionan todavía la existencia de los españoles. Interrogante que creo quedará al final de este artículo, porque di muchas vueltas para elaborarlo, consciente de perplejas reflexiones por mi parte.

Como bien dijo María de Maeztu, los escritores de esta época hicieron la guerra con la pluma, ya que no tenían otra arma de defensa. Pero la situación de este desastre, como ya manifesté anteriormente, creo que se prolongó tanto que después del golpe militar del general Primo de Rivera siguió reinando, y este general poco pudo hacer por una España casi en ruinas. Ni los políticos de la Restauración, ni la llegada de la Segunda República, sirvieron para nada, sino para contribuir al desastre.

¿Cómo era la historia de Granada en este tiempo? Tan afectada o más que cualquier provincia española. Andalucía siempre fue víctima. Mientras Cataluña y el país vasco seguían luchando por su separatismo, Granada no. El granadino, como Andalucía entera, sabe vivir de sus sueños. El granadino, especialmente, no quiere rebelarse. Desea tener su rinconcillo o su carmen para refugiarse en él y morir. Morir soñando. Morir viviendo. Quizá esta honda sabiduría sea herencia de la idiosincrasia que nos dejaron tantos pueblos como conquistaron a Granada. La conquistaron con el dolor de no poderla dejar. El llamado popularmente «mal de Granada» consiste en que, una vez viviendo en ella, no se puede dejar. La atracción de su belleza es tan grande, que Granada ata. Si ata al que no vivió allí, con más fuerza atará al que allí nació.

Garzón Pareja, en un artículo publicado en el diario «Ideal», de Granada, titulado «La industria de Granada en los siglos XVIII y XIX», nos da pistas, entre otros, para comprender que, mientras en Europa los imperios industriales florecían, España perdía los restos coloniales de su Imperio. Nuestro Imperio acabó hundiéndose. Granada vivió muchos años, en el

TEATRO EN LA CALLE

GRANADA EN EL DESASTRE DEL 98

tiempo en que hablamos, de la industria azucarera. Pero cuando los norteamericanos se apoderaron de uno de los últimos restos de nuestro Imperio, o sea, de la isla de Cuba, monopolizaron toda la industria del azúcar, y la burguesía de Granada, sin dejar de soñar, empezó a hundirse. Su hundimiento fue hermoso, porque la gente no quería hablar de lo que les iba faltando para vivir. Callaban todos. Nadie confiaba a nadie si les faltaba para pan o para aceite; pero sí les gustaba reír, vestir bien, aparentar que tenían dinero en donde fuera. Se inventaban siempre historias preciosas, propias de los que tienen una riquísima imaginación. Sin embargo, yo recuerdo que, en mi niñez, era un deleite, para mis primas y vecinas, asomarse a los balcones y estar, la mayor parte del día, o lo más que pudieran, recostadas en las barandas, o entre visillos —si era invierno—, para espiarse unas a otras. Sabían a la perfección quién había estrenado unos zapatos o un vestido nuevo, y se preguntaban: ¿cómo? y ¿por qué?, ¿de dónde sacarían el dinero? Todo era reflejo fiel de unos coletazos de la España vencida del desastre del 98. Semejantes casos ocurrían si iban de visita, o a una boda, o a darle las felicitaciones a las amistades en el día de su onomástica.

Pero dentro de esta burguesía existían varias clases; entre ellas la inmovilista, que esperaba vivir de los intereses que el capital les dejara en los Bancos, y las que, aprovechándose de la especulación del azúcar, invirtió su dinero en la construcción. Así, en el año 1911, se construyó la Gran Vía granadina que, si en un tiempo fue zona escogida para vivir la alta burguesía, hoy día está llena de Bancos, oficinas y hostales para turistas. Enorme tristeza me produce pasar por esta Gran Vía granadina hecha, como hemos podido observar, por los especuladores de siempre. Especuladores que arruinan, sin ley que los detenga, las vidas de los países.

Todo este mundo oprimido y pequeño, grotesco, desamparado, ya estaba reflejado en los escritores rusos de antes de la revolución de 1917, sobre todo en el teatro de Chejov. Mundos grotescos propios de sociedades decadentes, mejor aún, de una burguesía decadente, anunciaban el peligro

de un país que declina, o de una revolución que acecha para destruir la simiente del país vencido.

Quien contribuyó a hacer la guerra con la pluma ante el desastre del 98 —en el terreno dramático— creo que fue Federico García Lorca. Consciente o no —digo «no» porque los ambientes sociológicos y fenómenos literarios flotan casi al mismo tiempo en todos los países civilizados, sin que el escritor tenga que decir: «me voy a poner a...», sino que vive en su interior el latido de toda una sociedad que le rodea, ya en su país, o en otros países—, Federico concibió el desastre en «Doña Rosita la soltera». Esta tragedia sin sangre es fiel reflejo del grotesco de la gente de una Granada afectada por el desastre. En la obra todo se hunde. Todo se va. No es sólo ya la presencia de Bergson y el tiempo lo que hay en ella, sino el reflejo del hundimiento de una sociedad y de un país entero.

Federico concibió la obra en plena dictadura del general Primo de Rivera, y la escribió en la Segunda República, cuando se quemaban iglesias y conventos en Granada; cuando, en ambos bandos, todo estaba a punto para nuevos desastres. Los partidos políticos amenazaban. En la llamada Acera del Casino granadina había continuos enfrentamientos entre estos partidos políticos. Granada, como las demás provincias españolas, se hundía más y más, como esa pobre doncella granadina, llamada doña Rosita, que saldrá, al fin, de su carmen albaicinerero e hipotecado, mientras las vecinas estarían entre visillos espiándola. La puerta del invernadero de doña Rosita se abrirá y se cerrará violenta, debido a un viento acusador, símbolo de la rebelión contra una burguesía inmovilista e inútil que tanto soñó, no sólo en Granada, sino en toda una España que se dejó hundir. Una España que, creo, no ha sabido despertar aún.

Me pregunto si ahora, en nuestros días, el público presiente no ya el «desencanto» de nuestro momento histórico, sino la amenaza de males mayores.

Ojalá todo este sentido granadinista, tan universal —y no polaco, porque sería traicionar a la obra buscando intereses no artísticos ni éticos—, esté funcionando encima de las tablas del teatro María Guerrero, de Madrid, donde se representa la obra. Ojalá se esté dando, de verdad, a la mujer granadina que escribiera Federico. Mi pena sería mucha si así no fuera, porque habría que esperar años para ver, como en realidad es, esta bellísima obra, que no deja de tener sus defectos, como todo en este mundo.

Y sigue mi reflexión: ¿habrá terminado el mundo granadinista de doña Rosita en nuestro país? Mis dudas son muchas y, por ahora, insalvables.

José MARTIN RECUERDA

EN POCAS PALABRAS

MUCHAS SOLUCIONES

ANUNCIOS POR

PALABRAS

DE ABC